

Capítulo 1

EL DECLIVE DEMOGRÁFICO

Adam Smith señaló que “la decadencia de ciertas ramas de la economía o de ciertas zonas del país” es “algo que puede ocurrir aunque el país en general atraviere una intensa prosperidad”.¹ A mediados del siglo XIX, España era un país poco próspero y habitado por unos quince millones de personas, una cuarta parte de los cuales vivía en pueblos de montaña.² Se trataba de una proporción superior a la de residentes en ciudades y no muy alejada de la de ocupados en actividades económicas diferentes de la agraria. Sin embargo, a lo largo del último siglo y medio, y mientras los procesos de urbanización y desagrarización se desplegaban en toda su magnitud, la población de las zonas de montaña ha experimentado un incontestable declive. Muchas de éstas son hoy, en medio de la prosperidad smithiana que disfruta la sociedad española, auténticos desiertos demográficos.

PAUTAS DE DESPOBLACIÓN

El *Diccionario* de la Real Academia define “montaña” simplemente como una “elevación natural del terreno”.³ La ambigüedad de la definición se corresponde con el laxo uso del término en el vocabulario popular y complica la tarea de delimitar las áreas montañosas. Tarea para la cual sólo contamos con un antecedente claro: la delimitación realizada a raíz de la entrada en vigor de la Ley de Agricultura de Montaña de 1982. Los criterios utilizados para la ocasión no han estado exentos de críticas, en particular por su carácter exclusivamente orográfico (echándose de menos algún tipo de categoría socioeconómica adicional), pero al menos permitieron la confección de un primer

¹ Smith (1776: 441).

² El registro sólo era igualado en Europa por Suiza (Ryser 1956: 64). Italia y Francia se mantenían, por contra, en valores del 21% y el 11% respectivamente (Agnoletti 2003: 406; Estienne 1989: 396).

³ Real Academia Española (1989).

listado de municipios calificados como “Zonas con Agricultura de Montaña” (en adelante, ZAM).⁴ He respetado esta delimitación y he agrupado los municipios ZAM según la comarcalización agraria del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. De este modo, los resultados pueden ser fácilmente interpretados en términos de las unidades de análisis habitualmente manejadas por los diseñadores de la política rural.

Cuadro 1.1.

**Zonas de agricultura de montaña (ZAM)
por Comunidades Autónomas**

	Municipios			Superficie (miles de hectáreas)		
	Total (1)	ZAM (2)	(2) / (1) %	Total (1)	ZAM (2)	(2) / (1) %
Andalucía	764	327	43	8.727	3.302	38
Aragón	728	260	36	4.765	1.925	40
Asturias	78	64	82	1.057	958	91
Baleares	66	19	27	501	101	20
Canarias	87	72	83	724	492	68
Cantabria	102	64	63	529	428	81
Castilla-La Mancha	915	331	36	7.923	2.727	34
Castilla y León	2.252	711	32	9.419	3.862	41
Cataluña	940	250	27	3.193	1.302	41
Comunidad Valenciana	534	141	26	2.331	648	28
Extremadura	380	73	19	4.160	466	11
Galicia	312	109	35	2.942	1.281	44
Madrid	176	62	35	800	239	30
Murcia	44	2	5	1.132	182	16
Navarra	264	138	52	1.042	524	50
Rioja (La)	174	71	41	503	262	52
País Vasco	231	176	77	726	570	79
<i>Total España</i>	<i>8.047</i>	<i>2.870</i>	<i>36</i>	<i>50.475</i>	<i>19.269</i>	<i>38</i>

Fuente: Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 19-20).

De acuerdo con los criterios definidos a raíz de la ley de 1982, un municipio podía ser considerado ZAM si al menos el 80% de su superficie se encontraba por encima de 1.000 metros o si su pendiente media era igual o superior al 20% o, finalmente, si de forma simultánea presentaba una altitud superior a 600 metros en el 80% de su territorio y

⁴ El listado se recoge en Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 147-168). Una prezo crítica al carácter exclusivamente orográfico de los criterios empleados, en Saenz y Ferrer (1983: 95-96).

una pendiente media superior al 15%.⁵ La aplicación de estos criterios resultó en la clasificación como ZAM de 2.870 municipios, el 36% del total del país, y algo más de 19 millones de hectáreas, el 38% del total. Como se aprecia en el cuadro 1.1, todas las Comunidades Autónomas tienen algún territorio ZAM, si bien existen importantes diferencias. La superficie ZAM ocupa más del 75% de Cantabria, el País Vasco y Asturias (en este último caso, abarca hasta el 91%); en cambio, no supera el 20% en regiones como Extremadura o Murcia. El carácter meramente orográfico de los criterios permitió la calificación como ZAM de varias capitales de provincia (Oviedo, Ávila, Cuenca, San Sebastián, Segovia y Soria) y otros importantes núcleos urbanos (Algeciras, Baracaldo, Eibar, Galdácano, Irún, Mondragón, Santurce...). He excluido estos casos flagrantes mediante la incorporación de un criterio socioeconómico poco restrictivo: no podían mantenerse en el análisis aquellos municipios con más de 10.000 habitantes cuyo porcentaje de población activa primaria (minería incluida) fuera en 1960 inferior a la correspondiente media provincial.

Cuadro 1.2.
La evolución demográfica de la montaña española, 1860-1991

	<i>Tasa de variación media anual</i>				<i>Población, 1860 = 100</i>			
	<i>1860-1900</i>	<i>1900-1950</i>	<i>1950-1970</i>	<i>1970-1991</i>	<i>1900</i>	<i>1950</i>	<i>1970</i>	<i>1991</i>
Andalucía	0,2	0,6	-1,2	-0,9	110	146	114	94
Aragón	-0,2	-0,3	-2,4	-1,4	94	82	51	38
Asturias	0,1	0,3	-0,6	-1,0	105	122	108	88
Baleares	-0,1	-0,5	-0,6	-0,3	94	72	64	61
Cantabria	0,4	0,2	-0,8	-0,7	115	127	108	93
Castilla-La Mancha	0,2	0,4	-2,5	-2,2	108	130	79	50
Castilla y León	0,2	0,2	-1,5	-1,7	107	120	88	62
Cataluña	-0,6	0,1	-0,4	-0,4	79	82	75	70
Com. Valenciana	0,1	-0,4	-1,8	-1,6	105	87	61	44
Extremadura	0,4	0,7	-1,2	-1,5	118	166	130	95
Galicia	0,1	0,1	-1,1	-1,5	102	107	86	63
Madrid	0,1	0,5	0,1	0,9	104	136	137	165
Murcia	0,3	0,5	-1,1	0,1	115	144	117	120
Navarra	-0,2	-0,1	-1,1	-0,8	93	90	72	62
La Rioja	-0,2	-0,3	-2,9	-2,1	92	80	44	28
País Vasco	0,2	0,5	1,8	0,1	107	137	196	200
<i>Total España</i>	<i>0,1</i>	<i>0,3</i>	<i>-1,0</i>	<i>-1,0</i>	<i>104</i>	<i>119</i>	<i>98</i>	<i>79</i>

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), DGIGCE (1932) e INE (1952; 1973a; 1993). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993).

⁵ Gómez Benito, Ramos y Sancho (1987: 15-20).

La despoblación de los municipios ZAM

A lo largo del último siglo y medio, los pueblos de montaña han perdido el 20-25% de su población original, pero la pérdida no ha sido uniforme a lo largo del tiempo (cuadro 1.2). Entre 1860 y 1950 la población de montaña aumentó en un 20% como consecuencia de un crecimiento ligero pero continuo. La despoblación se manifestó durante la segunda mitad del siglo XX y aún hoy día continúa vigente; para 1970, la montaña ya había perdido todo el crecimiento acumulado durante el siglo precedente.

La despoblación tampoco fue uniforme a lo largo del espacio. En primer lugar, hubo diferencias regionales en la cronología del proceso. Las montañas de Aragón, Cataluña, la Comunidad Valenciana, Navarra o La Rioja comenzaron a perder población ya antes de 1950. En la montaña riojana, por ejemplo, la despoblación era ya un hecho desde al menos mediados del siglo XIX y, a la altura de 1950, el tamaño demográfico había descendido en un 20% respecto a 1860. Por contra, las zonas de montaña de Extremadura, Andalucía y Murcia vieron aumentada su población durante ese mismo periodo en proporciones muy considerables (66% en Extremadura y aproximadamente 45% en las otras dos regiones).

Además, hubo diferencias en la intensidad de la despoblación. Incluso para aquellas áreas de montaña ya familiarizadas con el fenómeno, la segunda mitad del siglo XX supuso una ruptura: en la montaña riojana, por retomar el ejemplo, la velocidad de la despoblación se multiplicó por diez. La ruptura fue aún más acusada en zonas en las que, como en Castilla-La Mancha, se había registrado previamente un crecimiento de cierta consideración y ahora la despoblación alcanzaba ritmos superiores al 2% anual. En otras partes de nuestra geografía, en cambio, las pérdidas poblacionales fueron menos intensas. La montaña catalana llegó a 1950 con su población disminuida en un 18% respecto a 1860, pero en 1991 la pérdida agregada no superaba el 30%. Y, de acuerdo con la estadística, en Madrid y el País Vasco ni siquiera hubo despoblación, aunque convendría matizar que ello es en parte resultado de la inclusión como ZAM de algunos municipios no muy equiparables a nuestra noción intuitiva de lo que es un pueblo de montaña (dado el carácter poco exigente de la corrección efectuada sobre los criterios legales). Sea como fuere, lo cierto es que la despoblación no afectó con igual intensidad a toda la montaña española.

¿Cómo analizar las causas de la despoblación y, en general, la historia económica y demográfica de estos municipios? En primer lugar, agrupando de algún modo a los casi tres mil ayuntamientos. La agrupación por Comunidades Autónomas tiene el inconveniente de que algunas de éstas cuentan con zonas de montaña muy diversas entre sí, hasta el punto de localizarse en algunos casos en cordilleras diferentes. Me ha parecido más útil optar por un tipo de agrupación cuyo resultado fueran unidades representativas de las principales cordilleras del país. Al estar basada en criterios agroclimáticos, la comarcalización agraria oficial se ajusta bien a este fin.⁶ Además, y debido a sus características, la comarca es probablemente la unidad más adecuada para el análisis de las economías rurales.⁷

Cuadro 1.3.

Las comarcas agrarias de montaña, por agregados geográficos

	<i>Provincia</i>	<i>Superficie montañosa (hectáreas)</i>	<i>Superficie montañosa sobre total comarcal (%)</i>
<i>Norte</i>		3.423.868	
<i>Galaico-castellana</i>		<i>1.263.477</i>	
Interior	Pontevedra	76.417	100
El Barco de Valdeorras	Orense	246.576	100
Verín	Orense	214.733	81
Sanabria	Zamora	167.568	84
Bierzo	León	241.279	86
Montaña	Lugo	189.182	100
La Cabrera	León	127.722	100

⁶ He seguido la comarcalización que estaba vigente cuando la Ley de Agricultura de Montaña entró en vigor (Ministerio de Agricultura 1978); de este modo se simplifica la tarea de agrupar los municipios ZAM por comarcas. La comarcalización agraria ha sufrido algunos cambios, pero, en lo referente a la montaña, poco significativos. He prescindido de las comarcalizaciones oficiales de algunas Comunidades Autónomas, que, al no basarse sólo en criterios agroclimáticos, sí introducen algunas diferencias de mayor calado, pero que por el momento no se encuentran difundidas por todo el territorio nacional ni han sido incorporadas a estadísticas nacionales como el Censo Agrario.

⁷ Véase Sancho Hazak (1997a: 209-213). Una temprana defensa de la comarca como marco para la elaboración de políticas de desarrollo rural, en Pérez Díaz (1971: 218-219).

	<i>Provincia</i>	<i>Superficie montañosa (hectáreas)</i>	<i>Superficie montañosa sobre total comarcal (%)</i>
<i>Astur-leonesa</i>		<i>1.294.082</i>	
La Montaña de Luna	León	196.306	100
La Montaña de Riaño	León	237.329	100
Vegadeo	Asturias	53.549	100
Luarca	Asturias	94.412	88
Cangas de Narcea	Asturias	214.964	100
Grado	Asturias	72.621	94
Belmonte de Miranda	Asturias	100.471	100
Mieres	Asturias	143.773	100
Llanes	Asturias	78.733	100
Cangas de Onís	Asturias	101.924	100
<i>Cantábrica oriental</i>		<i>866.309</i>	
Guardo	Palencia	54.127	100
Cervera	Palencia	76.016	98
Aguilar	Palencia	47.010	100
Liébana	Cantabria	57.423	100
Tudanca-Cabuérniga	Cantabria	69.823	100
Pas-Iguña	Cantabria	86.653	100
Asón	Cantabria	44.706	100
Reinosa	Cantabria	100.106	100
Merindades	Burgos	207.801	89
Cantábrica	Álava	33.228	100
Estribaciones Gorbea	Álava	40.622	100
Montaña Alavesa	Álava	48.794	100
<i>Pirineo</i>		<i>2.035.699</i>	
<i>Pirineo navarro-aragonés</i>		<i>1.164.950</i>	
Cantábrica-Baja Montaña	Navarra	245.515	79
Alpina	Navarra	176.518	100
Jacetania	Huesca	298.635	100
Sobrarbe	Huesca	212.336	100
Ribagorza	Huesca	231.946	94
<i>Pirineo catalán</i>		<i>870.749</i>	
Valle de Arán	Lérida	62.048	100
Pallars-Ribagorza	Lérida	206.985	100
Alto Urgel	Lérida	164.003	100
Conca	Lérida	100.418	100
Solsones	Lérida	111.653	97
Bergadá	Barcelona	101.272	94
Cerdaña	Gerona	25.041	100
Ripollés	Gerona	99.329	100

	Provincia	Superficie montañosa (hectáreas)	Superficie montañosa sobre total comarcal (%)
Interior		3.538.160	
<i>Ibérica norte</i>		<i>610.159</i>	
Demanda	Burgos	209.109	95
Sierra Rioja Alta	La Rioja	89.216	100
Sierra Rioja Media	La Rioja	80.288	100
Sierra Rioja Baja	La Rioja	40.907	100
Pinares	Soria	66.583	84
Tierras Altas y Valle del Tera	Soria	124.056	100
<i>Central</i>		<i>1.189.289</i>	
Jaraiz de la Vera	Cáceres	60.480	85
Barco Ávila-Piedrahita	Ávila	114.263	100
Gredos	Ávila	81.859	97
Valle Bajo Alberche	Ávila	107.059	100
Valle del Tiétar	Ávila	116.079	100
Segovia	Segovia	172.267	87
Lozoya Somosierra	Madrid	142.060	92
Arcos de Jalón	Soria	104.576	100
Sierra	Guadalajara	290.646	100
<i>Ibérica sur</i>		<i>1.738.712</i>	
Molina de Aragón	Guadalajara	291.032	100
Alcarria Baja	Guadalajara	152.707	98
Serranía Alta	Cuenca	106.777	100
Serranía Baja	Cuenca	249.179	100
Rincón de Ademuz	Valencia	37.047	100
Alto Turia	Valencia	117.993	91
Serranía de Albarracín	Teruel	160.409	100
Serranía de Montalbán	Teruel	189.653	85
Maestrazgo	Teruel	239.374	100
Alto Maestrazgo	Castellón	128.970	100
Peñagolosa	Castellón	65.571	87
Sur		1.927.436	
<i>Subbética</i>		<i>1.442.175</i>	
Sierra Alcaraz	Albacete	186.149	100
Sierra Segura	Albacete	216.657	100
Noroeste	Murcia	181.964	83
Sierra de Segura	Jaén	193.419	100
Mágina	Jaén	94.929	86
Sierra de Cazorla	Jaén	133.685	100
Sierra Sur	Jaén	100.768	95
Montefrío	Granada	65.926	100
Hués-car	Granada	154.520	87
Los Vélez	Almería	114.158	100

	<i>Provincia</i>	<i>Superficie montañosa (hectáreas)</i>	<i>Superficie montañosa sobre total comarcal (%)</i>
<i>Penibética</i>		<i>485.261</i>	
Río Nacimiento	Almería	78.913	100
Campo Tabernas	Almería	115.951	97
Alto Andarax	Almería	66.772	100
La Costa	Granada	63.108	82
Las Alpujarras	Granada	113.570	100
Valle de Lecrín	Granada	46.947	100

Fuente: Ministerio de Agricultura (1978). Elaboración propia.

Una muestra significativa de comarcas montañosas

Tras incorporar los municipios ZAM al mapa de comarcas agrarias, he seleccionado las 84 comarcas que aparecen en el cuadro 1.3. De ellas, 59 están íntegramente compuestas por municipios ZAM. He elegido las otras 25 de acuerdo con un doble criterio: por un lado, he buscado comarcas en las que los municipios ZAM ocupen al menos el 75% de la superficie (obviando, a efectos de la posterior investigación, los municipios no montañosos de la comarca); por el otro, he concedido preferencia a las comarcas que, por su situación geográfica, más podían aportar al estudio de las principales cordilleras del país. Dado que casi todas las comarcas íntegramente montañosas se sitúan en dichas cordilleras, las 25 comarcas que completan la muestra son contiguas a ellas. Han quedado fuera, sin embargo, comarcas que, sin ser íntegramente montañosas, sí cuentan con más de un 75% de superficie ZAM pero están alejadas de los ejes trazados por las comarcas íntegramente montañosas. Éste ha sido el caso en provincias como Tarragona, Huelva, Córdoba, Alicante, Cádiz o Málaga. Las quince Comunidades Autónomas peninsulares se encuentran, de todos modos, presentes.

El cuadro 1.4 ilustra la representatividad de la muestra. Estas 84 comarcas han venido suponiendo entre el 50 y el 60% de la población y la superficie totales de la montaña española, y su trayectoria demográfica ha sido, en términos agregados, similar a la ya descrita para el conjunto de municipios ZAM. Estamos hablando de 2,3 millones de personas en 1860, que llegaron a rozar los 2,7 millones en 1950 y habían caído a 1,6 millones en 1991. No sólo se trata, por tanto, del grue-

so de la montaña española, sino que estamos incluso ante una muestra razonable del conjunto del medio rural español: las 84 comarcas seleccionadas ocupan el 22% de la superficie del país y llegaron a concentrar el 15% de su población a mediados del siglo XIX.

Cuadro 1.4.
Comparación entre la muestra de 84 comarcas
y el total de municipios ZAM

	<i>Todos los municipios ZAM</i>	<i>Muestra de 84 comarcas</i>
<i>Superficie</i>		
Número de hectáreas	19.269.150	10.925.163
Muestra / Total (%)		57
Porcentaje sobre el total nacional	38	22
<i>Población</i>		
Número de habitantes		
1860	4.132.874	2.356.266
1900	4.286.853	2.389.511
1950	4.901.918	2.687.707
1970	4.032.543	2.124.885
1991	3.280.760	1.653.316
Muestra / Total (%)		
1860		57
1900		56
1950		55
1970		53
1991		50
Porcentaje sobre el total nacional		
1860	27	15
1900	23	13
1950	18	10
1970	12	6
1991	8	4
Tasa de variación media anual		
1860-1877	0,1	0,0
1877-1887	0,2	0,1
1887-1900	0,1	0,0
1900-1910	0,4	0,4
1910-1920	0,2	0,2
1920-1930	0,3	0,3
1930-1940	0,2	0,2
1940-1950	0,3	0,2
1950-1960	-0,4	-0,5
1960-1970	-1,5	-1,8
1970-1981	-1,1	-1,3
1981-1991	-0,8	-1,0

	<i>Todos los municipios ZAM</i>	<i>Muestra de 84 comarcas</i>
Población, 1860 = 100		
1877	101	100
1887	103	101
1900	104	101
1910	108	105
1920	110	107
1930	113	110
1940	115	112
1950	119	114
1960	114	109
1970	98	90
1981	86	78
1991	79	70

Fuente: Ministerio de Agricultura (1978), Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), DGIGCE (1932) e INE (1952; 1973a; 1993). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993).

Para facilitar la interpretación de los resultados, he agrupado las 84 comarcas en dos capas diferentes. En la primera de ellas, he formado cuatro grandes bloques geográficos: la montaña Norte, el Pirineo, la montaña Interior y la montaña Sur. En la segunda capa considero un total de diez agregados comarcales: Galaico-castellana, Astur-leonesa y Cantábrica oriental en la montaña Norte; Pirineo navarro-aragonés y Pirineo catalán; norte y sur del Sistema Ibérico y Sistema Central en la montaña Interior; y sierras subbéticas y penibéticas en la montaña Sur (mapa 1.1).

Mapa 1.1.

Las comarcas de montaña de la muestra: Norte, Pirineo, Interior y Sur



Así como la primera capa de cuatro bloques representa divisiones geográficas claras, la segunda capa contiene elecciones discutibles. La montaña Norte, por ejemplo, podría haberse separado en función de la orientación hacia la costa o hacia la meseta de sus comarcas; el Pirineo podría haber sido dividido en comarcas centrales y comarcas extremas... No intentaré convencer al lector de que mis diez agregados comarcales son la opción más conveniente en toda circunstancia. En el caso de la montaña Norte, por ejemplo, la separación entre comarcas orientadas hacia la costa y comarcas orientadas hacia el interior es importante para comprender varios aspectos del funcionamiento de las economías campesinas, pero la separación en Galaico-castellana, Astur-leonesa y Cantábrica oriental también resulta iluminadora en aquellos aspectos relacionados con los efectos derivados de la proximidad de focos de industrialización (como los vizcaínos y guipuzcoanos). Además, así como la comarca resulta una unidad de análisis fructífera para fines investigadores diversos, la agrupación de comarcas puede carecer de ese atractivo en las ocasiones en que sea una realidad más existente en la mente del investigador que fuera de ella. Las comarcas que forman la parte sur del Sistema Ibérico han sido y son bastante homogéneas entre sí, confirmando al agregado comarcal una representatividad notable, pero no cabe decir otro tanto de las comarcas del Pirineo catalán. Y, sin embargo, creo que estos agregados comarcales pueden ser útiles para captar tendencias generales y orientar nuestra atención hacia las realidades comarcales más relevantes en cada caso.

Declive absoluto y declive relativo

La población de las 84 comarcas elegidas representaba en 1860 el 15% del total nacional, pero hoy día apenas alcanza el 4%. Esta pérdida de protagonismo relativo ha tenido lugar de forma continua a lo largo del último siglo y medio, sin que sea posible encontrar rastro alguno de reversiones de tendencia, siquiera débiles o esporádicas.⁸

⁸ El peso poblacional de las 84 comarcas cayó al 12,8% en 1900, al 9,6% en 1950 y al 6,3% en 1970. No hubo un solo periodo intercensal en el que este porcentaje aumentara o se mantuviera estable.

Ahora bien, la despoblación no comenzó hasta la década de 1950 (cuadro 1.5). Hasta entonces, podemos considerar que las zonas de montaña estaban inmersas en un declive demográfico relativo, en la medida en que, si bien registraban crecimiento poblacional, éste era inferior a la media nacional y, por ello, el peso de la montaña dentro del país mostraba una clara tendencia a la baja.

Además, durante todo el periodo 1860-1950, la demografía de la montaña se caracterizó por la presencia estructural (no episódica o coyuntural) de saldos migratorios negativos. Dejando a un lado las migraciones temporales que efectuaban algunos miembros de las familias para favorecer la reproducción de la economía campesina, existían también desplazamientos de tipo definitivo. La montaña no era capaz de absorber todo su excedente vegetativo: en torno a tres cuartas partes del mismo se canalizaban finalmente hacia otros lugares.⁹ He aquí un nuevo indicio del declive relativo que precedió a la despoblación.¹⁰

⁹ Calculado a partir de Collantes (2001a: 124).

¹⁰ En Grigg (1992: 8-9, 22-26) pueden encontrarse algunas similitudes en estas pautas con respecto al resto de países europeos; véanse también Naredo (1975: 3) y Carmona y Simpson (2003: 40).

Cuadro 1.5.
Trayectorias demográficas comparadas

	<i>Tasa de variación media anual de la población de hecho</i>						(1)	(2)
	<i>1860-1900</i>	<i>1900-1950</i>	<i>1950-1970</i>	<i>1970-2000</i>	<i>1860-1950</i>	<i>1950-2000</i>		
Total montaña	0,0	0,2	-1,2	-1,0	0,1	-1,1	1950	2000
<i>Norte</i>	0,1	0,2	-0,8	-1,1	0,2	-1,0	1950	2000
<i>Pirineo</i>	-0,5	0,1	-0,7	-0,3	-0,2	-0,5	1860	2000
<i>Interior</i>	0,1	0,0	-2,0	-1,2	0,1	-1,5	1910	2000
<i>Sur</i>	0,2	0,5	-1,4	-1,0	0,4	-1,2	1950	2000
Galaico-castellana	0,0	0,1	-0,8	-1,5	0,1	-1,2	1940	2000
Astur-leonesa	0,1	0,3	-0,7	-1,1	0,2	-0,9	1960	2000
Cantábrica oriental	0,0	0,2	-0,8	-0,7	0,1	-0,8	1950	2000
Pirineo navarro-aragonés	-0,3	-0,1	-1,2	-0,4	-0,2	-0,7	1860	2000
Pirineo catalán	-0,7	0,3	-0,2	-0,3	-0,2	-0,3	1860	1991
Ibérica Norte	-0,1	-0,1	-2,2	-1,7	-0,1	-1,9	1860	2000
Central	0,1	0,3	-1,6	-0,7	0,2	-1,1	1950	1991
Ibérica Sur	0,2	-0,2	-2,5	-1,9	0,0	-2,1	1910	2000
Subbética	0,5	0,8	-1,5	-1,1	0,6	-1,3	1950	2000
Penibética	-0,1	0,1	-1,3	-0,9	0,0	-1,0	1887	2000
	<i>Población, 1860 = 100</i>				<i>Tasa migratoria (tantos por mil)</i>			
	<i>1900</i>	<i>1950</i>	<i>1970</i>	<i>2000</i>	<i>1860-1900</i>	<i>1900-1950</i>	<i>1950-1970</i>	<i>1970-2000</i>
Total montaña	101	114	90	67	-5,5	-7,2	-22,3	-13,1
<i>Norte</i>	103	116	99	71	-5,3	-6,7	-16,8	-13,2
<i>Pirineo</i>	83	87	75	68	-10,0	-5,2	-14,2	-4,2
<i>Interior</i>	104	106	70	49	-3,7	-9,2	-29,8	-14,0
<i>Sur</i>	110	143	107	79	-4,8	-7,2	-30,3	-17,6
Galaico-castellana	100	107	92	59	-4,1	-7,0	-15,3	-15,9
Astur-leonesa	106	124	108	78	-5,7	-5,3	-16,5	-12,5
Cantábrica oriental	101	113	96	77	-6,7	-9,5	-20,4	-10,5
Pirineo navarro-aragonés	90	87	68	60	-8,9	-8,4	-19,1	-5,9
Pirineo catalán	76	87	83	76	-11,4	-1,5	-9,3	-2,7
Ibérica Norte	96	90	57	35	-6,2	-11,4	-30,3	-19,4
Central	106	121	88	71	-2,7	-7,9	-28,3	-8,9
Ibérica Sur	106	98	59	34	-3,5	-9,7	-31,7	-20,2
Subbética	120	177	130	94	-1,5	-4,7	-30,9	-18,6
Penibética	97	100	77	60	-9,4	-12,0	-28,9	-15,6

(1): Fecha en que se alcanza el máximo demográfico
(2): Fecha en que se alcanza el mínimo demográfico

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1883; 1892; 1902; 1913), Dirección General de Estadística (1922; 1943), DGIGCE (1932), INE (1952; 1962; 1973a; 1985a; 1993; 1995; 1996; 1997b; 1998), www.ine.es (población municipal en 2000, Movimiento Natural de la Población entre 1996 y 2000) y Collantes (2001 a). Elaboración propia. Las reorganizaciones de términos municipales han sido controladas con la ayuda de Melón (1977), García Fernández (1985) e INE (1993; 1997a).

Durante ese siglo de declive relativo, la población de las 84 comarcas seleccionadas aumentó en un 14% y el número de familias residentes en ellas también experimentó un ligero crecimiento. Los saldos migratorios habían estado habitualmente en torno al 6-7 por mil, y su máximo (registrado en la década de 1920) no había superado la barrera del 10 por mil.¹¹ Pero todo iba a cambiar a partir de la década de 1950.¹² Entre 1950 y 1970 los movimientos migratorios definitivos se volvieron mucho más comunes y triplicaron la intensidad alcanzada con anterioridad. Fue entonces cuando comenzó a manifestarse la despoblación. Para 1970 ya se había perdido, con holgura, todo el crecimiento lentamente acumulado durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. La historia se aceleraba.

Pero los movimientos migratorios comenzaron a ralentizarse durante la década de 1970, hasta el punto de que hoy día se encuentran prácticamente detenidos: a lo largo de los últimos diez años, el saldo migratorio neto apenas ha superado el uno por mil. Paralelamente, las pérdidas demográficas de la montaña son cada vez menos considerables. Aun con todo, las zonas de montaña han representado durante la segunda mitad del siglo XX un caso paradigmático, y en ocasiones extremo, de la crisis demográfica del medio rural español.¹³

Diversidad en las trayectorias demográficas

Las trayectorias demográficas de las diferentes zonas de montaña tienen algunos elementos en común. Como puede verse en el gráfico 1.1, el periodo 1950-70 fue crítico tanto en la montaña Norte como en el Pirineo, las sierras interiores o la montaña Sur. De igual modo, la desaceleración de la despoblación ha afectado a todas las áreas durante las tres últimas décadas. Y en el periodo previo a 1950 tampoco encontramos enormes desviaciones con respecto a la pauta general.

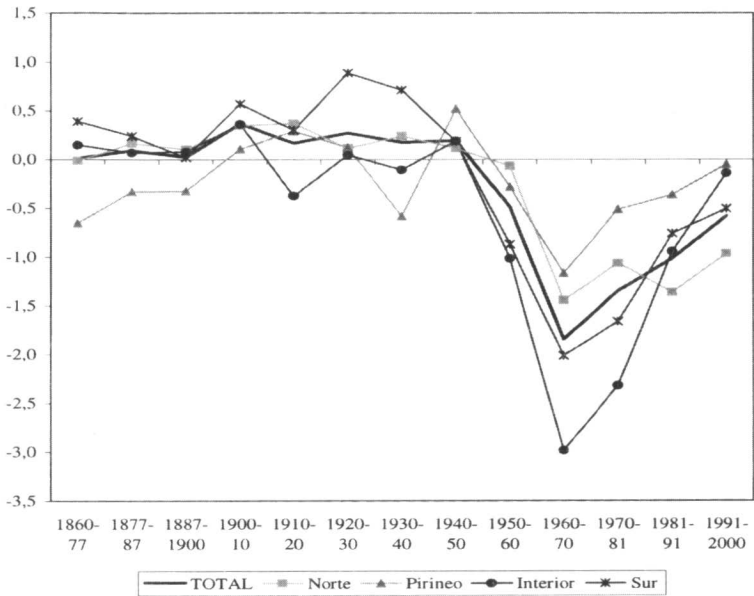
¹¹ Collantes (2001a: 124).

¹² La ruptura introducida por la década de 1950 en la trayectoria demográfica del medio rural español ha sido subrayada por Naredo (1996: 198), B. García Sanz (1993: 70-71) o Pérez Díaz (1967: 38); véanse también Camarero (1997: 230-232) y Reher (2003: 22-23).

¹³ Sobre la mayor intensidad de la despoblación en áreas de montaña frente al resto del medio rural, Collantes (2001b: 205).

Gráfico 1.1.

Tasa de variación media anual de la población de hecho

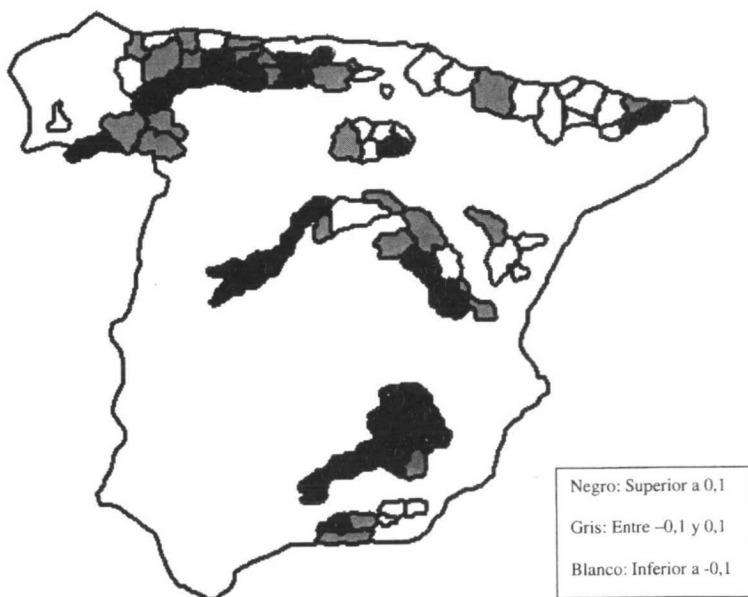


Pero, aunque no fueran enormes, desviaciones hubo. Como ya sabíamos, el declive demográfico se manifestó en nuestra geografía con algunas diferencias reseñables en cronología y magnitud (mapas 1.2, 1.3 y 1.4). Durante la segunda mitad del siglo XIX, y en contraste con la pauta general, las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico perdieron población. Éste fue también un momento de aguda crisis demográfica para el Pirineo, si bien en su caso no se trataba del inicio de un proceso definitivo. Pero el Pirineo no recuperaría ya su volumen demográfico de mediados del siglo XIX, de igual modo que las sierras penibéticas, con pérdidas ocasionales, alcanzarían su techo a finales de ese mismo siglo.¹⁴ En el Sistema Ibérico, en cambio, la cri-

¹⁴ No faltan pues casos que ilustran el éxodo rural previo a la crisis finisecular propuesto por Erdozain y Mikelarena (1996).

sis crónica de las comarcas septentrionales se extendió a las comarcas meridionales a comienzos del siglo XX. En contraste con esta pauta de despoblación precoz, las comarcas subbéticas llegaron a 1950 con una población que casi doblaba la de 1860.

Mapa 1.2.
Tasa de variación media anual
de la población de hecho entre 1860 y 1950

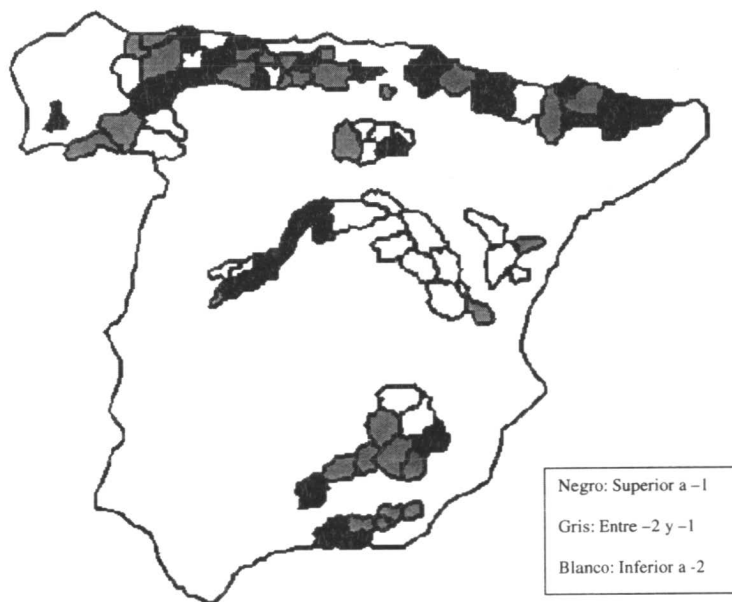


Cuando, a partir de 1950, se generalizó la despoblación, se manifestaron diferencias de magnitud. El Sistema Ibérico, cuyos habitantes mostraron una intensidad migratoria muy superior a la de la fase anterior, fue la cordillera más afectada. El Pirineo, en cambio, registró pérdidas moderadas; para muchas de sus comarcas, la nueva crisis no fue peor que la de la segunda mitad del siglo XIX. La montaña Norte, por su parte, no soportó mal el periodo crítico 1950-70, pero está teniendo

problemas para ralentizar la despoblación en las últimas décadas. Paralelamente, el Pirineo catalán y el Sistema Central, sobre la base de saldos migratorios positivos, han llegado incluso a recuperar población durante el decenio de 1990. Si no todas las zonas entraron en crisis al mismo tiempo y no todas entraron en crisis de igual magnitud, los acontecimientos recientes sugieren que no todas las zonas saldrán de dichas crisis simultáneamente o con semejante fuerza.

Mapa 1.3.

**Tasa de variación media anual
de la población de hecho entre 1950 y 2000**



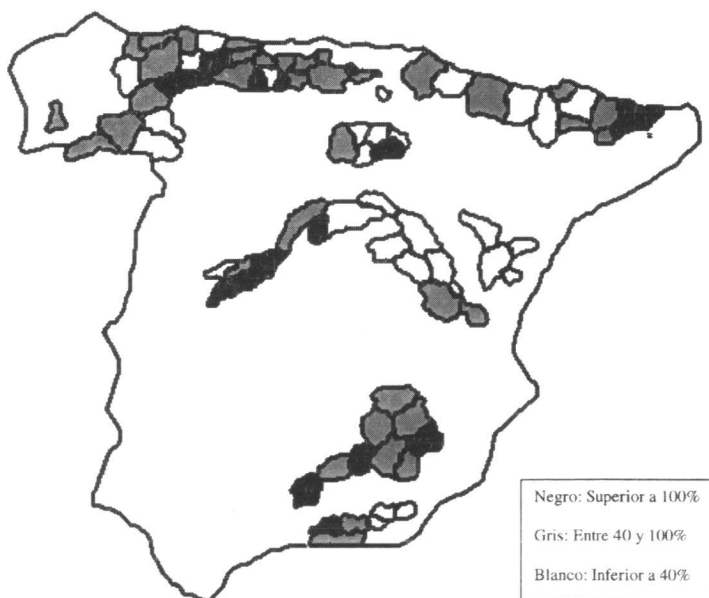
LAS CONSECUENCIAS DEMOGRÁFICAS DE LA DESPOBLACIÓN

La despoblación cambió para siempre a los pueblos de montaña. Como veremos, su economía sufrió a partir de entonces transformacio-

nes drásticas. También se produjeron grandes cambios en otros órdenes de la vida social, y elementos culturales y antropológicos tradicionales fueron quedando atrás mientras nuevas mentalidades se abrían paso. La propia noción de pueblo o valle fue perdiendo relevancia sociológica con respecto a la fase anterior. Además, la despoblación tuvo efectos sobre la estructura demográfica de (lo que quedaba de) los pueblos de montaña. El envejecimiento o la aparición de saldos vegetativos negativos han sido los más llamativos, configurando un cuadro de declive que va más allá de la mera pérdida de población. Estas consecuencias demográficas de la despoblación se derivan en su mayor parte del carácter selectivo de los movimientos migratorios que originaron el proceso.

Mapa 1.4.

Población en 2000 como porcentaje de la población en 1860



¿Emigración individual o emigración familiar?

El número de familias residentes en la montaña ha seguido en el largo plazo una evolución similar a la del conjunto de la población: hasta mediados del siglo XX hubo un ligero crecimiento del número de hogares y posteriormente se produjo un descenso acelerado del mismo (cuadro 1.6). La emigración de familias completas, que cerraban sus casas en los pueblos para trasladarse a las ciudades, fue por tanto un elemento central del proceso de despoblación. De hecho, allí donde la despoblación comenzó a manifestarse antes de 1950 (por ejemplo, en el Sistema Ibérico o el Pirineo), también hubo cierre de casas. Tanto antes como después de 1950 existe una correspondencia clara entre la trayectoria demográfica de las distintas zonas y la evolu-

Cuadro 1.6.

Tasa de variación media anual del número de familias

	1887-1930	1930-1960	1960-1981
Total montaña	0,1	0,1	-0,8
España no montañosa	0,6	1,0	1,8
<i>Norte</i>	0,0	0,4	-0,4
<i>Pirineo</i>	-0,1	-0,2	-0,2
<i>Interior</i>	-0,1	-0,2	-1,7
<i>Sur</i>	0,3	0,1	-1,1
Galaico-castellana	-0,1	0,3	-0,6
Astur-leonesa	0,1	0,6	-0,4
Cantábrica oriental	0,0	0,1	-0,2
Pirineo navarro-aragonés	-0,2	-0,7	-0,6
Pirineo catalán	0,1	0,3	0,1
Ibérica norte	-0,4	-0,2	-2,0
Central	0,1	0,1	-1,2
Ibérica sur	-0,1	-0,5	-2,3
Subbética	0,6	0,1	-1,2
Penibética	-0,2	0,0	-1,0

Fuente: DGIGE (1892), DGIGCE (1932) e INE (1962; 1984a). Elaboración propia.

ción del número de familias en ellas residentes (gráfico 1.2).¹⁵ Durante la segunda mitad del siglo XX, el número de hogares abiertos descendió con particular intensidad en las zonas más afectadas por la despoblación (de nuevo el Sistema Ibérico).¹⁶

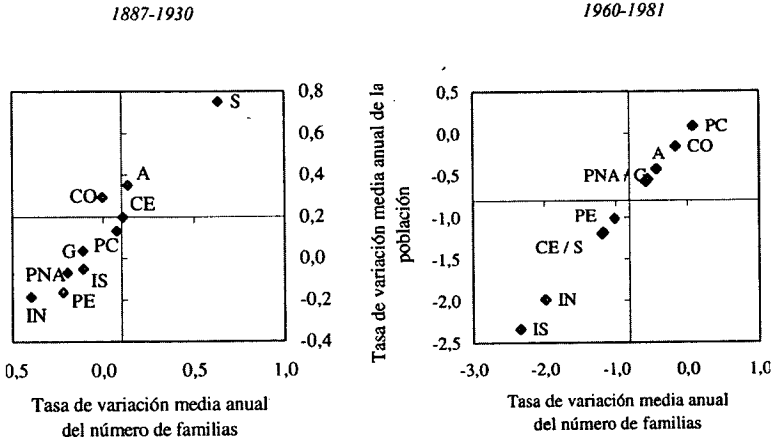
Así pues, los movimientos migratorios que dieron lugar a la despoblación no sólo fueron cuantitativamente superiores a los movimientos de la fase previa: también hubo una diferencia de tipo cualitativo. Antes de la despoblación, la emigración definitiva de alguno de los miembros de la familia contribuía a la reproducción económica de la misma, asegurando la obtención de equilibrios convenientes. En este contexto, la emigración absorbía una parte variable del crecimiento vegetativo comarcal pero el número de familias no descendía, como tampoco lo hacía el propio tamaño demográfico de la montaña. Ésta fue la situación general hasta 1950, con las lógicas excepciones de las comarcas de despoblación precoz. En el norte del Sistema Ibérico, por ejemplo, este tipo de emigración equilibradora dejó de ser central ya en el siglo XIX. La emigración de familias completas tuvo, por contra, una responsabilidad importante en la despoblación que encontramos ahí desde mediados de siglo. Tal iba a ser la pauta común a toda la montaña durante la segunda mitad del siglo XX: los movimientos migratorios ganaron un carácter familiar más acusado y pasaron a desestabilizar las demografías comarcales. Lejos de contribuir a asegurar la reproducción de las estructuras socioeconómicas, la emigración pasó a ser una amenaza, acaso la principal, para las mismas.

¹⁵ En todos los gráficos de dispersión que se adjuntan, los ejes se encuentran colocados en el valor que las variables correspondientes toman para el conjunto de la montaña. G: Galaico-castellana; A: Astur-leonesa; CO: Cantábrica oriental; PNA: Pirineo navarro-aragonés; PC: Pirineo catalán; IN: Ibérica norte; CE: Central; IS: Ibérica sur; S: Subbética; PE: Penibética.

¹⁶ Los coeficientes de correlación de rangos entre variación del número de familias y variación demográfica total arrojan valores de 0,85 y 0,93 para 1887-1930 y 1960-1981, respectivamente.

Gráfico 1.2.

Evolución comparada de la población y el número de familias en dos periodos



Las estrategias familiares son, por lo tanto, centrales para explicar la despoblación. En la medida en que la emigración pasaba a ser practicada por todos los miembros de la familia y no sólo por alguno de ellos, las tasas migratorias tenían una buena razón para acelerarse durante la segunda mitad del siglo XX. Pero esto no fue todo: la aceleración también se debió a la proliferación de nuevos movimientos migratorios individuales. Esta emigración individual no respondía ya a la búsqueda de equilibrios familiares; de hecho, podía dificultar la reproducción del modelo económico doméstico, en particular cuando éste implicaba la utilización masiva de trabajo familiar no remunerado. Las nuevas corrientes de emigración individual reforzaron la tendencia a la despoblación y, sobre todo, introdujeron importantes deformaciones en las estructuras demográficas de la montaña. ¿Quiénes protagonizaron estos movimientos individuales?

Cuadro 1.7.**Razón de masculinidad de la población de derecho**

	1887	1920	1950	1981	2000
Total montaña	97	99	98	101	101
España no montañosa	98	97	92	96	96
<i>Norte</i>	91	95	96	100	98
<i>Pirineo</i>	106	105	103	104	104
<i>Interior</i>	101	102	101	104	106
<i>Sur</i>	101	101	99	100	100
Galaico-castellana	94	96	97	100	98
Astur-leonesa	88	95	94	98	97
Cantábrica oriental	94	96	97	103	104
Pirineo navarro-aragonés	104	106	104	109	108
Pirineo catalán	108	105	101	101	101
Ibérica norte	94	98	100	107	112
Central	103	102	101	103	104
Ibérica sur	103	103	101	105	108
Subbética	102	103	100	101	100
Penibética	99	98	97	99	100

Razón de masculinidad: número de varones por cada 100 mujeres

Fuente: DGIGE (1892), Dirección General de Estadística (1922), INE (1952; 1985a) y www.ine.es (población municipal en 2000). Elaboración propia.

Mujer soltera busca...

La despoblación rural no ha sido un fenómeno neutro desde el punto de vista del género: las mujeres han mostrado una propensión migratoria superior a la de los hombres. Como consecuencia de ello, los pueblos de montaña han ido masculinizándose conforme avanzaba la despoblación (cuadro 1.7). La masculinización no ha llegado a extremos mayores porque los movimientos migratorios también han sido selectivos en función del estado civil.¹⁷ En 1991, tan sólo un tercio de la población de la montaña estaba soltera, cuando la media nacional se aproximaba al 50%; tradicionalmente, sin embargo, no habían existido grandes diferencias en este sentido (cuadro 1.8). La población soltera participó pues con gran intensidad en las migraciones individuales que aceleraron la despoblación. A las familias enteras que emigraban vinieron a sumarse numerosos hijos solteros de otros

¹⁷ Resultado anticipado por Kautsky (1899: 232).

matrimonios. En algunos casos, por supuesto, se trataba de desplazamientos entrelazados.

Cuadro 1.8.
Porcentaje de solteros en la población mayor de 15 años

	1860	1887	1981	1991
Total montaña	22	18	33	33
España no montañosa	22	20	48	46
<i>Norte</i>	27	23	34	33
<i>Pirineo</i>	22	19	34	35
<i>Interior</i>	17	14	32	33
<i>Sur</i>	18	15	31	31

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892) e INE (1985a; 1994). Elaboración propia.

Cuadro 1.9.
Razón de masculinidad de la población soltera

	1860	1887	1981	1991	2001
Total montaña	99	99	134	140	132
España no montañosa	105	104	107	109	113
<i>Norte</i>	88	87	129	137	131
<i>Pirineo</i>	110	115	149	147	137
<i>Interior</i>	107	107	147	155	142
<i>Sur</i>	109	110	127	133	124
Galaico-castellana	90	90	127	136	131
Astur-leonesa	83	82	125	134	128
Cantábrica oriental	96	93	141	143	136
Pirineo navarro-aragonés	110	112	153	152	142
Pirineo catalán	110	119	143	141	132
Ibérica norte	89	92	149	165	154
Central	118	113	144	147	134
Ibérica sur	106	107	151	165	155
Subbética	111	112	128	133	123
Penibética	107	109	125	131	125

Razón de masculinidad: número de varones por cada 100 mujeres

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

La gran protagonista de los movimientos migratorios individuales fue la mujer soltera. Dado que la población casada es actualmente mayoritaria, no existe un enorme desequilibrio entre el número total de hombres y mujeres. El desequilibrio se refleja entonces en la población soltera: en 1991, llegó a haber en la montaña 140 solteros por cada 100 solteras; en el Sistema Ibérico, esta razón de masculinidad alcanzaba entonces un valor de 165 (cuadro 1.9). Con anterioridad, la relación entre solteros y solteras había guardado un mayor equilibrio, sin perjuicio de que las migraciones temporales o algunos correlatos culturales de los sistemas de herencia generaran determinados desequilibrios. Durante las últimas décadas, en cambio, el paulatino estrechamiento de las posibilidades matrimoniales locales desde el punto de vista de los varones ha marcado una clara ruptura con respecto a la fase previa.¹⁸

El envejecimiento y la retroalimentación de la despoblación

Y, desde luego, la propensión migratoria también dependía de la edad.¹⁹ Los jóvenes se lanzaron al cambio con mayor facilidad que las personas más mayores, y ello ha provocado un aumento continuado del índice de envejecimiento, o cociente entre las personas mayores de 64 años y los menores de 16 (cuadro 1.10). Durante la década de 1980, los mayores superaron en número a los jóvenes por primera vez; hoy día aquéllos representan casi el doble de población que éstos. Previamente, los pueblos de montaña habían contado con pirámides

¹⁸ Sobre el desequilibrio sexual en las zonas rurales españolas, véanse Camarero (1993: 351-369, 376-379; 1997: 236-238) y B. García Sanz (1997a: 107; 1999: 101-102).

¹⁹ Como también había encontrado ya Kautsky (1899: 234). Para el medio rural español, Camarero (1993: 285-291; 1997: 233) y B. García Sanz (1997a: 108-110; 1999: 98); véanse también los datos de Pérez Díaz (1971: 101) para una comarca rural castellana.

por edades con base amplia y cúspide estrecha, en la que apenas el 5% de la población total superaba los 64 años. Una parte del cambio posterior no es ajena a transformaciones más generales como la transición demográfica, a través de la cual España ha pasado en el largo plazo de una situación de altas tasas de natalidad y mortalidad a otra en la que ambas tasas son bastante bajas.²⁰ Pero el envejecimiento de la montaña ha sido particularmente intenso y nos remite al carácter selectivo de los movimientos migratorios.

Cuadro 1.10. Índice de envejecimiento

	1860	1887	1981	1991	2001
Total montaña	10	14	73	115	194
España no montañosa	10	14	40	45	104
<i>Norte</i>	12	16	74	122	244
<i>Pirineo</i>	11	14	69	115	170
<i>Interior</i>	9	13	103	157	223
<i>Sur</i>	8	11	55	81	130
Galaico-castellana	12	14	81	144	283
Astur-leonesa	13	16	73	116	244
Cantábrica oriental	13	17	64	105	191
Pirineo navarro-aragonés	12	15	65	111	168
Pirineo catalán	10	12	72	118	172
Ibérica norte	10	14	107	189	307
Central	8	12	88	133	182
Ibérica sur	9	13	130	194	292
Subbética	9	12	56	82	131
Penibética	7	10	53	78	129

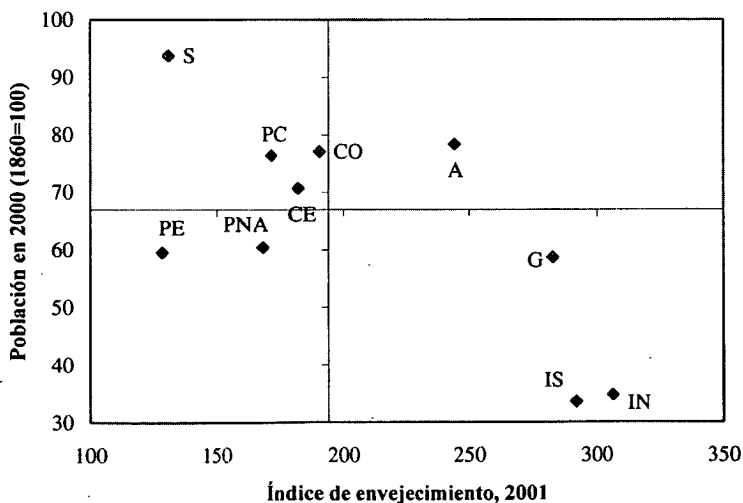
Índice de envejecimiento: (Población mayor de 64 años / Población menor de 16 años) * 100

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1892), INE (1985a; 1994) y www.ine.es (Censo de Población de 2001). Elaboración propia.

²⁰ Pérez Moreda (1999a). Para el conjunto del medio rural español, Camarero (1993: 140-152), Faus e Higuera (1999: 916-922) o B. García Sanz (1999: 106-111).

Precisamente, las zonas más afectadas por la despoblación son las más envejecidas en la actualidad (gráfico 1.3).²¹ En el Sistema Ibérico ya había más personas mayores que jóvenes a la altura de 1981; hoy día, la relación es de tres contra uno. La montaña galaico-castellana, cuya despoblación fue más intensa en 1970-2000 que en 1950-70, ha registrado también un envejecimiento de gran magnitud. En el otro extremo, la montaña Sur tiende a envejecer, pero a un ritmo pausado; sólo durante la década de 1990 ha comenzado a haber en ella más personas mayores que jóvenes. En su caso, la amplia reserva demográfica acumulada hasta 1950 amortiguó los efectos de las salidas migratorias. Pero, para zonas que, como el Sistema Ibérico, llegaron a esa fecha más tocadas, la emigración masiva tuvo consecuencias espectaculares.

Gráfico 1.3. La despoblación y el envejecimiento



²¹ El coeficiente de correlación de rangos entre variación demográfica para 1860-2000 y envejecimiento en 2001 asciende a 0,75. Leal y otros (1975: 197) obtienen un resultado similar para el conjunto de la agricultura española en la década de 1960.

A su vez, el envejecimiento se tradujo en un descenso sostenido de las tasas de crecimiento vegetativo (cuadro 1.11). Una población envejecida dio paso a un número cada vez mayor de defunciones en relación a unos nacimientos que, debido también a la alteración de la estructura por edades, iban perdiendo dinamismo. Tras el cénit migratorio, tan sólo hubo que esperar poco más de una década para que, a mediados de los años 1980, hubiera ya en la montaña española más defunciones que nacimientos.²² No disponemos de estadísticas sistemáticas sobre el crecimiento vegetativo antes de la década de 1970 (salvo para el breve intervalo 1886-92), pero parece claro que la vitalidad demográfica de los pueblos de montaña era muy superior. A lo largo de la última década, las pérdidas vegetativas se han convertido en la principal fuerza impulsora de la despoblación.

Así pues, la despoblación ha tendido a retroalimentarse, a través de los efectos que los movimientos migratorios han tenido sobre la estructura por edades y el saldo vegetativo.²³ Las migraciones comenzaron a desacelerarse en los años de 1970, pero dejaron sembrada la semilla de futuros impulsos de despoblación. Como muestra el gráfico 1.4, las pérdidas por saldo vegetativo negativo han sido tanto mayores cuanto mayor fuera el grado de envejecimiento y, por extensión, la magnitud del declive demográfico.²⁴ El Sistema Ibérico vuelve a destacar, tanto por el tamaño de su actual exceso de defunciones sobre nacimientos como por la precocidad con que (ya en la década de 1970) quedó abierta esta vía de despoblación. La montaña Sur, en cambio, participa de estas tendencias de forma rezagada y sólo durante la década de 1990 comenzó a registrar saldos vegetativos negativos.

²² Sobre la inversión del signo del saldo vegetativo en el medio rural español, Camarero (1997: 234-236).

²³ Para el conjunto del medio rural español, B. García Sanz (1997a: 113).

²⁴ El coeficiente de correlación de rangos entre el envejecimiento inicial y la variación vegetativa durante los diez años siguientes es de 0,92 para 1981-1991 y 0,91 para 1991-2000.

Cuadro 1.11.

Tasa de crecimiento vegetativo medio anual (tantos por mil)

	1886-1892	1910-1920*	1970-1981	1981-1991	1991-2000
Total montaña	4,4	7,4	1,9	-1,2	-4,7
<i>Norte</i>	4,0	7,2	1,3	-2,5	-6,8
<i>Pirineo</i>	5,5	6,7	2,7	-1,0	-3,4
<i>Interior</i>	4,5	7,5	-0,2	-2,6	-5,8
<i>Sur</i>	4,6	8,1	4,2	2,3	-0,6
Galaico-castellana	2,0	5,8	-0,7	-3,8	-8,1
Astur-leonesa	4,7	6,6	1,9	-2,5	-7,1
Cantábrica oriental	6,6	11,2	3,4	-0,1	-4,1
Pirineo navarro-aragonés	6,5	8,1	3,3	-0,7	-2,9
Pirineo catalán	4,2	4,9	2,2	-1,4	-3,9
Ibérica norte	4,8	7,9	-0,7	-3,4	-6,9
Central	4,6	8,5	1,2	-0,9	-4,4
Ibérica sur	4,3	6,6	-2,2	-5,1	-8,1
Subbética	3,4	8,2	4,1	2,2	-0,4
Penibética	6,3	7,8	4,5	2,5	-0,9

Los datos para 1910-1920* son aproximativos; para más detalle, Collantes (2001a).

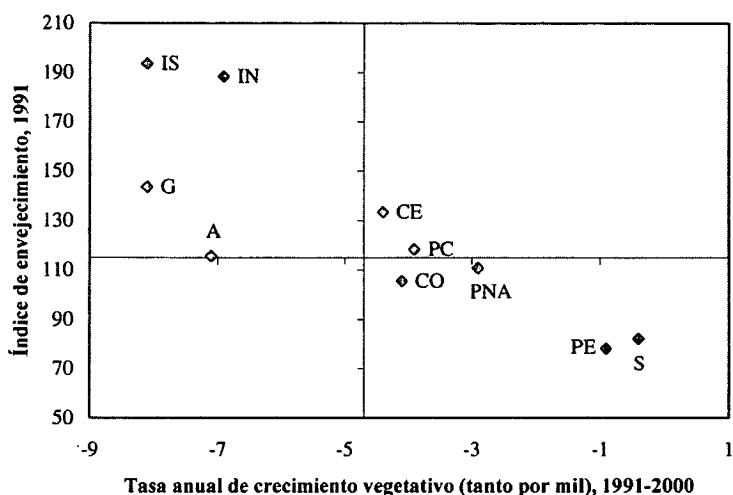
Fuente: Collantes (2001a), INE (1995; 1996; 1997b; 1998) y www.ine.es (Movimiento Natural de la Población, 1996-2000). Elaboración propia.

Pero, pese a las imágenes mentales que suscita la idea de retroalimentación, la despoblación viene desacelerándose en las tres últimas décadas. Sus efectos sobre la estructura por edades de los pueblos han minado la reserva de emigrantes potenciales, ya que el envejecimiento ha conllevado un descenso de la propensión migratoria. La despoblación se ha desacelerado porque los movimientos migratorios lo han hecho.²⁵ A esta fuerza se opone otra, la emergencia de saldos vegetativos negativos, que es insuficiente para mantener el ritmo de despoblación que llegó a alcanzarse durante el tercer cuarto del siglo XX. En sus años estelares, la emigración podía llevarse de la montaña al 20-30 por mil de su población; al cabo de una década, esto podía suponer una disminución demográfica del 20-30%. En comparación, la despoblación inducida por saldos vegetativos negativos (al 5 por mil anual durante los años 1990) es casi una anécdota.

²⁵ Sobre la desaceleración general de la emigración rural en España, Camarero (1993: 207-217).

Gráfico 1.4.

El envejecimiento y la generación de saldos vegetativos negativos



No cabe duda de que los saldos vegetativos negativos contribuyen a retratar lo que significa un declive demográfico. Además, por su carácter estructural, pueden pesar como una losa sobre algunas tentativas de reactivación poblacional. La reactivación sólo se hace posible ya a través de saldos migratorios positivos, como muestran los casos del Sistema Central y el Pirineo catalán durante la última década. Pero lo peor de la crisis ha pasado ya: la despoblación ha sido tan intensa en décadas pasadas que ahora va quedándose sin recorrido.²⁶

La consecuencia final: los desiertos demográficos

Ya a mediados del siglo XIX las comarcas montañosas se encontraban poco densamente pobladas, incluso en referencia a un país que, como el nuestro, ha mantenido y mantiene densidades demográficas

²⁶ Como ya anticiparon, en relación al sector agrario, Leal y otros (1975: 224).

inferiores a la media europea. Teniendo en cuenta los principales determinantes de la densidad poblacional en la España de mediados del siglo XIX, no resulta sorprendente el puesto ocupado por la montaña.²⁷ En primer lugar, los sistemas agropecuarios de la montaña se enfrentaban a importantes restricciones geográficas, por lo que no podían alcanzar los rendimientos por unidad de superficie que en otras zonas del país permitían sostener densidades demográficas superiores. En segundo lugar, la práctica totalidad de comarcas carecía de acceso al mar. Ello impedía obtener las ventajas económicas de la litoralidad, cifradas en un acceso a mercados grandes y a mayores posibilidades de especialización y división del trabajo. Finalmente, las comarcas de montaña carecían de sustitutos institucionales para conseguir las ventajas de la litoralidad, como por ejemplo la presencia dentro de su territorio de grandes centros urbanos especializados en funciones político-administrativas.

Cuadro 1.12.
Densidad de población (habitantes por km²)

	1860	1900	1950	1970	2000
Total montaña	21,6	21,9	24,6	19,4	14,4
España no montañosa	33,6	41,0	63,9	80,2	99,5
<i>Norte</i>	28,7	29,5	33,2	28,5	20,3
<i>Pirineo</i>	17,8	14,7	15,4	13,3	12,1
<i>Interior</i>	15,7	16,4	16,6	11,1	7,7
<i>Sur</i>	23,6	25,8	33,7	25,2	18,5
Galaico-castellana	29,8	29,9	32,0	27,3	17,5
Astur-leonesa	32,0	33,9	39,8	34,6	25,1
Cantábrica oriental	22,2	22,4	25,1	21,3	17,1
Pirineo navarro-aragonés	16,2	14,5	14,1	11,0	9,8
Pirineo catalán	19,9	15,0	17,2	16,4	15,2
Ibérica Norte	16,8	16,1	15,0	9,6	5,8
Central	19,0	20,1	22,9	16,7	13,4
Ibérica Sur	13,2	14,0	12,9	7,7	4,4
Subbética	17,6	21,1	31,2	22,9	16,5
Penibética	41,2	39,9	41,0	31,8	24,5

Fuente: Junta General de Estadística (1863), DGIGE (1902), INE (1952; 1973a), www.ine.es (población municipal en 2000) y Ministerio de Agricultura (1978). Elaboración propia.

²⁷ Aplico aquí los argumentos preliminares que se exponen en Collantes, Pinilla y Ayuda (2004) para el conjunto de provincias del país.

En estas condiciones, algunas de las zonas de montaña del país eran ya algo parecido a desiertos demográficos en 1860 (cuadro 1.12). El sur del Sistema Ibérico, por ejemplo, apenas contenía 13 habitantes por km². Sin embargo, la definición del desierto demográfico no deja de tener, como el propio drama rural que da título al libro, un importante componente relativo. En 1860, España tenía tan sólo 31 habitantes por km² y el conjunto de la montaña se acercaba a los 22; de hecho, las sierras penibéticas y las comarcas cantábricas litorales (o próximas a la costa) superaban holgadamente la media nacional. La montaña no era el desierto poblacional que, en general, es hoy día.

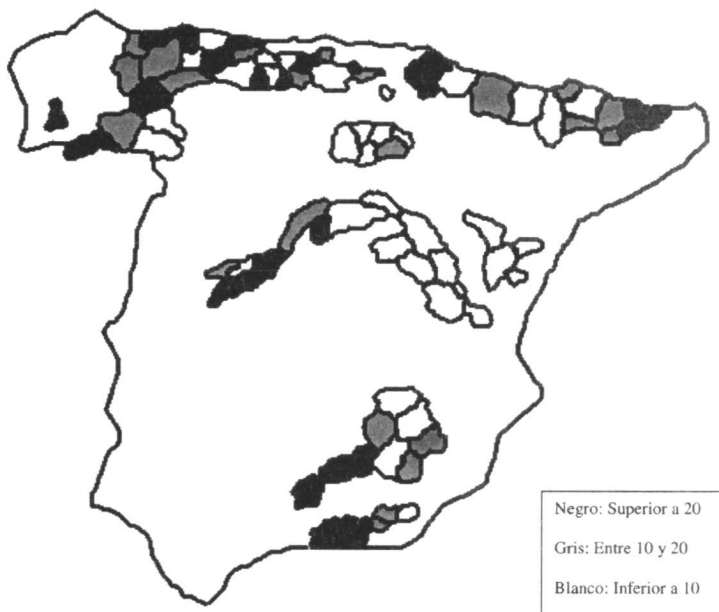
El declive del último siglo y medio tiene pues una gran responsabilidad en la configuración histórica del débil pulso demográfico de la montaña. A lo largo de este siglo y medio, la población de España ha crecido hasta elevar la densidad por encima de 80 habitantes por km². Simultáneamente, se ha producido un espectacular aumento de la concentración de la población, que ha tenido su contrapartida en la desertización de provincias completas, generalmente provincias del interior que ya tenían densidades bajas a mediados del siglo XIX. La montaña se ha visto envuelta en esta misma dinámica, y la brecha que separa su densidad de la media nacional se ha multiplicado a lo largo de este periodo. Es esta brecha el indicador que quizá con mayor pertinencia permite hablar de desertización demográfica. En 1860, el sur del Sistema Ibérico podía tener sólo 13 habitantes por km² en 1860, pero al menos se aproximaba a la mitad de la media nacional; hoy día, en cambio, no sólo ha caído por debajo de 5 habitantes por km², sino que esta densidad representa poco más del 5% de la media nacional. Su caso es extremo, pero no excepcional (mapa 1.5).

UN ANÁLISIS DE CASOS

Este apartado proporciona una visión descriptiva de las pautas comparadas de despoblación. El apéndice estadístico comarcal que figura al final del libro sostiene algunos de los ejemplos presentados, y el lector también puede utilizar este apéndice como instrumento para profundizar por su cuenta en las peculiaridades demográficas de las distintas comarcas. Desde luego, lo que sigue está lejos de constituir un relato exhaustivo y tan sólo aspira a introducir los elementos bási-

cos para el posterior análisis comparativo del declive de las economías y poblaciones de montaña.

Mapa 1.5.
Densidad demográfica (habitantes por km²), 2000



Una región con grandes diferencias internas: la montaña Norte

Si agregamos los datos de las comarcas que componen la montaña Norte, el resultado final devuelve una imagen bastante bien adaptada a la pauta general que ya conocemos. La despoblación comenzó en la década de 1950, momento hasta el cual se registró un leve crecimiento. No fue una despoblación muy acentuada entre 1950 y 1970, pero en la década de 1980 se cortó la desaceleración iniciada en la década previa. Este corte es el principal rasgo distintivo de la montaña Norte en las dos últimas décadas, durante las cuales ha sido la zona con las mayores pérdidas poblacionales.

Todo resultado agregado esconde peculiaridades individuales, pero, en el caso de la montaña Norte, esto es particularmente cierto. Un pequeño grupo de comarcas ni siquiera ha perdido población: hoy día, la Cantábrica alavesa multiplica por 2,5 su tamaño demográfico de 1860; Mieres (Asturias) lo duplica y Guardo (Palencia) casi lo hace; la Montaña de Luna (León) y Aguilar (Palencia) completan el grupo de comarcas cuya población actual es mayor que la de 1860 (junto al cual se sitúa la comarca cántabra de Pas-Iguña, cuya pérdida ha sido insignificante). La Cantábrica alavesa no sólo burló la despoblación durante la segunda mitad del siglo XX, sino que creció (sobre la base de saldos migratorios positivos y un aumento del número de familias) a una tasa del 4% anual en el periodo crítico de 1950-70, mientras la mayor parte de la montaña española se derrumbaba. También Guardo (como Pas-Iguña) evitó la despoblación en estas décadas críticas. El éxito de largo plazo de Mieres, la Montaña de Luna o Aguilar se basa en mayor medida en su expansión previa a 1950/60 (fase durante la cual también creció mucho la población de la comarca leonesa de Montaña de Riaño), ya que, a partir de entonces, han perdido población. De todos modos, sea cual fuere la senda perseguida para evitar la pérdida poblacional en el largo plazo, la tendencia hacia el envejecimiento y la generación de saldos vegetativos negativos se ha presentado en estas comarcas de manera moderada. Y, en el plano de las densidades, la Cantábrica alavesa roza hoy los 100 habitantes por km², Mieres supera los 70 y ninguna comarca de este selecto grupo es realmente un desierto demográfico.

El balance es bien diferente en gran número de espacios próximos a (o incluso limítrofes con) éstos. Hasta diez comarcas han visto reducida su población a menos de la mitad entre 1860 y 2000, lo cual las sitúa mucho más próximas al universo demográfico de la montaña Interior que al dato agregado de la montaña Norte a que pertenecen. Estas diez comarcas se encuentran muy repartidas a lo largo del espacio: se trata de Sanabria (Zamora), la Montaña lucense, La Cabrera (León), Vegadeo y Belmonte de Miranda (Asturias), Cervera (Palencia), Liébana y Reinosa (Cantabria), Merindades (Burgos) y la Montaña alavesa. La mayoría de ellas ya habían perdido algo de población antes de 1950 y, para muchas, la despoblación que sobrevino a continuación fue tan intensa como la del Sistema Ibérico; por añadidura, las pérdidas poblacionales no se han desacelerado con facilidad a lo

largo de las últimas décadas. En la Montaña lucense, por ejemplo, la despoblación apareció intermitentemente entre 1860 y 1950, para acelerarse en las dos décadas posteriores; pero, justo cuando parecía que había comenzado la fase de desaceleración, la década de 1980 registró las mayores pérdidas de la historia. En estas condiciones, si ya en 1981 había más personas mayores que jóvenes, el índice de envejecimiento supera hoy día el valor 400. Y la crisis es todavía mayor en comarcas como La Cabrera, donde se tienen más de cinco personas mayores por cada joven después de que, entre 1970 y 2000, los movimientos migratorios repuntaran y la despoblación se viera reforzada por unos saldos vegetativos cada vez más negativos. La Cabrera nunca fue una gran concentración demográfica (nunca superó los 13,5 habitantes por km² alcanzados a finales del siglo XIX), pero hoy no pasa de 4 habitantes por km². Los datos generales de la montaña Norte agregan, por tanto, algunos de los éxitos y fracasos más extremos de la historia demográfica de la montaña española.

Una cronología peculiar: el Pirineo

El punto de llegada ha sido el mismo para el Pirineo que para la montaña Norte o el conjunto de la montaña española: el Pirineo también ha perdido entre 1860 y 2000 aproximadamente un tercio de su tamaño demográfico. Lo que resulta peculiar del Pirineo es la cronología del proceso. Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjeron ya intensas salidas migratorias que, unidas al cierre de casas enteras y el consiguiente descenso del número de familias, crearon un escenario de despoblación que la mayor parte de comarcas montañosas no conocería hasta después de 1950. La despoblación afectó con particular dureza al Pirineo central; el Valle de Arán (Lérida), por ejemplo, perdió entre 1860 y 1900 más del 40% de su población inicial. Hacia los extremos de la cordillera, la evolución demográfica no fue tan declinante y, de hecho, las comarcas gerundenses de Cerdaña y Ripollés no perdieron población.

En cualquier caso, a la altura de 1950, y después de que la despoblación se hubiera detenido durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XX, lo cierto es que la población pirenaica se había reducido en un 13% con respecto a 1860. Ni siquiera el norte del Sistema

Ibérico, que vivía una despoblación secular y a la postre definitiva, llegaba a 1950 con tales pérdidas. Sin embargo, las trayectorias del Pirineo y el Sistema Ibérico se separaron radicalmente en la decisiva segunda mitad del siglo XX. Si el Sistema Ibérico vio agravada su crisis hasta los mayores extremos, el Pirineo fue la zona menos afectada por la despoblación en este periodo, no sólo porque la intensidad migratoria fue menor que en otras zonas de montaña (o, para varias de sus comarcas, menor que durante la segunda mitad del siglo XIX), sino también porque desde la década de 1970 las salidas migratorias fueron perdiendo casi todo su ímpetu, mezclándose además con movimientos de entrada.

Inicialmente, esta fortaleza demográfica se basó en el extremo oriental de la cordillera: Bergadá (Barcelona) y las comarcas gerundenses, que ganaron población en el crítico periodo 1950-70. Más adelante, Cerdaña ha seguido ganando población y otras comarcas han conseguido poner fin al declive: en la década de 1970, Jacetania (Huesca) y el Valle de Arán; en los años 1980, Alto Urgel (Lérida); y, en la década de 1990, Sobrarbe (Huesca) y Pallars-Ribagorza y Solsonés (Lérida). En todos los casos, la nueva expansión demográfica se ha basado en la aparición de saldos migratorios positivos; en el Valle de Arán ya entraban corrientes migratorias cuyo saldo neto anual ascendía a casi el 9 por mil en la década de 1970, valor que se ha triplicado desde entonces. Dada esta trayectoria, y a pesar de sus enormes pérdidas de la segunda mitad del siglo XIX, el Valle de Arán se encuentra hoy cerca de recuperar su tamaño demográfico de 1860 y, además, es la comarca montañosa menos envejecida del país (tan sólo cuenta con 82 personas mayores por cada 100 jóvenes).

Desde luego, no todas las áreas pirenaicas han corrido la misma suerte. En el Pirineo central, las comarcas oscenses de Sobrarbe y Ribagorza, el Pallars-Ribagorza ildense y la Alpina navarra han experimentado un declive muy profundo: su población actual representa el 28-36% del nivel de 1860. Las pérdidas fueron ya claras antes de 1950 y se aceleraron a partir de entonces, dando lugar a un envejecimiento acusado que, junto con la espectacular masculinización de la población soltera (en el Sobrarbe llegó a haber en 1991 más de dos solteros por cada soltera), favoreció a su vez la aparición temprana de saldos vegetativos negativos. Como, además, nunca estuvieron estas

comarcas muy densamente pobladas, hoy día son desiertos demográficos con menos de cinco habitantes por km² (menos de tres en el caso del Sobrarbe). Sin embargo, el Pirineo, aun incorporando estos casos, es la zona que mejor parada ha salido de la segunda mitad del siglo XX y la que con mejores perspectivas demográficas encara los comienzos del siglo XXI: a lo largo de la década de 1990, diez de sus trece comarcas han registrado saldos migratorios positivos y ocho han dejado ya de despoblarse.

La crisis de las crisis: la montaña Interior

Tierras Altas-Valle del Tera es una comarca soriana encuadrada en el norte del Sistema Ibérico que, sin partir de una gran densidad demográfica (unos 16 habitantes por km² en 1860), perdió población ya en algunos momentos del siglo XIX y, sobre todo, en la primera mitad del siglo XX, llegando a 1950 con una pérdida total del 7% respecto a su nivel demográfico de 1860. Esto incluía la emigración de familias completas, y aún así la gran crisis estaba por llegar. En tan sólo dos décadas (1950-70), el número de habitantes descendió de 18.000 a poco más de 8.000. Los movimientos migratorios se ralentizaron a partir de la década de 1970, pero siguieron siendo intensos (en la década de 1980, aún afectaban anualmente al 15 por mil de la población). Además, las migraciones trastornaron la estructura por edades de los pueblos: si ya en 1981 había 178 personas mayores por cada 100 jóvenes, en 2001 la razón ha subido por encima de 500. En estas condiciones, los saldos vegetativos negativos estuvieron presentes desde al menos la década de 1970, llegando en la de 1980 a producir pérdidas anuales superiores al 10 por mil (cuando la media fue de 1,2 por mil). La despoblación podía haberse desacelerado con respecto a 1950-70, pero era la más intensa de toda la montaña española. Los 8.000 habitantes de 1970 se han convertido hoy en 3.000, un 17% del nivel de 1860. Actualmente, Tierras Altas-Valle del Tera no llega a tres habitantes por km² y es la comarca montañosa menos densamente poblada del país.

Lo que ha ocurrido en esta comarca soriana es un caso extremo, impresionante, pero no rocambolesco. La historia es similar en otras partes del Sistema Ibérico. En las vecinas comarcas de la sierra rioja-

na, la despoblación (con un componente familiar destacado) fue incluso más acusada durante la segunda mitad del siglo XIX, y también experimentó una gran aceleración durante la segunda mitad del siglo XX. Las comarcas septentrionales del Sistema Ibérico han perdido el 65% de su población en el largo plazo, y ello a pesar de que la comarca soriana de Pinares creció de manera destacada durante la primera mitad del siglo XX y sólo comenzó a despoblarse (y de manera no muy intensa) a partir de 1960. En las comarcas meridionales del Sistema Ibérico, la pérdida de largo plazo ha sido similar y, además, no existen excepciones claras al declive extremo: en ninguna comarca ha habido pérdidas de largo plazo inferiores al 45% (llegando en el Maestrazgo turolense a casi el 80%). En su caso, la despoblación no arrancó hasta las décadas iniciales del siglo XX, pero la aceleración migratoria, el envejecimiento y la aparición final de saldos vegetativos negativos (todo ello en versión extrema) marcaron la trayectoria de la segunda mitad del siglo XX.

La despoblación del Sistema Central, por su parte, no ha sido secular, ni tampoco tan intensa. Hasta 1950 la población tendió a crecer, y lo hizo a un ritmo ligeramente superior a la media de la montaña. El extremo occidental de la cordillera (Jaraiz de la Vera –Cáceres– y los valles del Bajo Alberche y el Tiétar –Ávila–) realizó una contribución decisiva, contrapesando las ocasionales dificultades demográficas de otras comarcas más próximas a Madrid (Lozoya Somosierra en la propia provincia, Arcos de Jalón –Soria– o la Sierra de Guadalajara). La emigración se aceleró durante el tercer cuarto del siglo XX, dando lugar al inicio de la despoblación, pero posteriormente los saldos terminaron incluso por volverse positivos y la población del Sistema Central aumentó ya a lo largo de la última década. Ahora bien, todo este aumento se ha concentrado en Lozoya Somosierra y la comarca de Segovia, mientras varias comarcas alinean su trayectoria con la del sur del Sistema Ibérico y otras incluso ven agravada en los últimos tiempos su crisis demográfica.

En suma, la gravedad de la crisis es el signo distintivo de la montaña Interior. En la década de 1970, cuando el crecimiento vegetativo aún era positivo en la montaña Norte, el Pirineo o la montaña Sur, en la montaña Interior ya era negativo. Para 1991, todas las comarcas mostraban índices de envejecimiento superiores al simbólico valor

100; en la actualidad, catorce de ellas (sobre un total de veintiséis) presentan índices superiores a 300. La masculinización de la población soltera también es extrema. Además, la desertización demográfica del territorio resulta espectacular: si las densidades de partida ya eran más bajas que en las otras zonas, hoy día caen por debajo de los 8 habitantes por km², menos de una décima parte de la media nacional.

El declive menos pronunciado en el largo plazo: la montaña Sur

Entre 1860 y 1950, la población de la montaña Sur creció de manera notable. Es cierto que algunas comarcas de las sierras penibéticas tuvieron problemas: a la altura de 1950, y tras varias ráfagas migratorias de alta intensidad y generalidad (afectando en ocasiones a familias completas), el Alto Andarax almeriense había perdido más del 20% de su nivel en 1860, y otras comarcas almerienses también llegaron diezmadadas a esa fecha. Aunque las comarcas penibéticas granadinas mantuvieron su tamaño demográfico (el Valle de Lecrín incluso ganó población en casi un 50%), la montaña penibética en su conjunto no recuperaría ya su techo demográfico de 1887.

Sin embargo, las sierras subbéticas registraron un crecimiento espectacular: los 250.000 habitantes de 1860 se habían convertido en 450.000 a la altura de 1950. Las salidas migratorias no eran intensas y nuevos hogares se formaban cada año (las 75.000 familias de 1887 se convirtieron en más de 100.000 para 1930). Este dinamismo demográfico fue particularmente acentuado en las comarcas jienenses y, durante la primera mitad del siglo XX, también en la Sierra Segura albaceteña. En una de estas comarcas jienenses, la Sierra de Cazorla, la población de 1950 multiplicaba por casi 2,5 su nivel de noventa años antes. En toda la montaña española, sólo Mieres mejoraba ese registro; pero Mieres era un islote de dinamismo dentro de la Cordillera Cantábrica, mientras que la Sierra de Cazorla era la punta de lanza de una expansión demográfica bastante generalizada. Ninguna comarca subbética perdió población entre 1860 y 1950.

Todo cambiaría durante la segunda mitad del siglo XX. En realidad, ya durante la década de 1940 se había registrado una cierta aceleración de las salidas migratorias. La aceleración prosiguió entre 1950 y 1970, y todas las comarcas de la montaña Sur perdieron población de

manera ostensible. No fue una crisis como la de la montaña Interior, pero las pérdidas sí fueron superiores a las de la montaña Norte o el Pirineo. Durante las tres últimas décadas, la emigración y la despoblación han perdido vigor; en el decenio de 1990, tan sólo el Pirineo y el Sistema Central tuvieron mejores resultados demográficos que la montaña Sur. La población incluso ha crecido en el Noroeste murciano, si bien no hasta el punto de poder compensar declives tan pronunciados como los de las sierras albaceteñas. En cualquier caso, los círculos viciosos de la despoblación no se han cerrado con tanta rapidez en la montaña Sur como en otras partes. A la altura de 1991, y al contrario que en las demás zonas, el número de personas mayores aún era inferior al de jóvenes y los nacimientos habían excedido a las defunciones durante los diez años precedentes. Además, no hay casos de desertización extrema y, aunque tres comarcas (las dos albaceteñas y la granadina de Huéscar) caen por debajo de 10 habitantes por km², otras, como la Sierra Sur jienense, se mueven en torno a los 50 (habiendo llegado a superar el umbral de 75 en 1950). En perspectiva de largo plazo, hasta cuatro comarcas (todas ellas subbéticas: Montefrío en Granada, la Sierra Sur y la Sierra de Cazorla en Jaén, y el Noroeste murciano) han ganado población. Es cierto que las sierras penibéticas han perdido el 40% de su población entre 1860 y 2000 (más que la media de la montaña española), pero las comarcas subbéticas apenas han perdido el 6%.

Como resultado, la montaña Sur presenta el mejor balance en el largo plazo, habiendo evitado una despoblación extrema y habiendo retardado y minimizado las manifestaciones complementarias del declive. Sin embargo, la gran reserva demográfica acumulada hasta 1950 es en buena medida responsable de todo ello. La montaña Sur no ha encontrado un camino diferente al del resto de la montaña española: simplemente ha recorrido con mayor lentitud el camino habitual.

¿Por qué han seguido las zonas de montaña ese camino? ¿Cuáles han sido las causas de su crisis demográfica? La historia (económica) que proporciona las respuestas a estas preguntas comienza antes incluso que la propia crisis: arranca a mediados del siglo XIX, cuando la industrialización, un fenómeno llamado a desencadenar vastas transformaciones en el conjunto de la sociedad española, comenzaba a abrirse paso. Los capítulos que siguen intentan contar esa historia.

